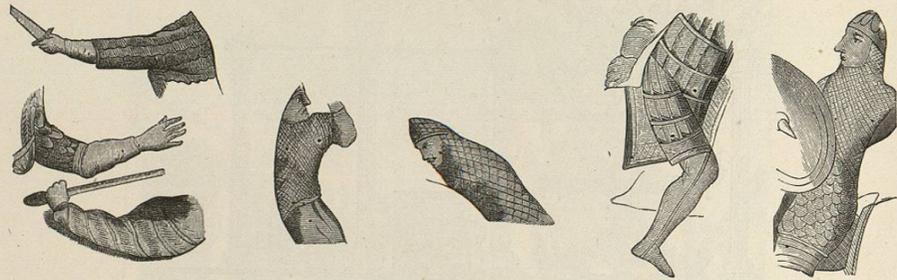


grinos hubieran podido conseguir un gran triunfo, si hubieran procedido con calma y sensatez (1).

A esta opinion parece oponerse, el que Alejo desaprobó el plan general de los cruzados, y les instó, aunque inútilmente, á que siguiesen las huellas de Boemundo, Godofredo y Raimundo, dirigiéndose por el Asia Menor á Siria. También Raimundo de Tolosa, que se esforzaba en hacer progresar en Constantinopla sus planes contra los normandos antioquenos, se expresó en igual sentido. Pero estos dos hombres tenían grandísimo interés en disuadir á los peregrinos, no solo de la insensata expedición contra Bagdad, sino también de la lucha contra Siwas, cuyo resultado podía ser la liberación de Raimundo, su comun enemigo. Como sus reflexiones fueron inútiles, nada consiguieron y los cruzados hicieron su voluntad. El conde Raimundo se incorporó á ellos en la marcha hacia el Este, y el emperador les dió un oficial superior y una pequeña seccion de tropas, que debían



Fragmentos del armamento sarraceno. (Segun las pinturas de vidrios del siglo XI en las primitivas ventanas de la iglesia de St. Denis)

chik, y se encaminaron de nuevo al Este hacia Marsivan. Durante toda esta marcha al través del Asia Menor, parece que los peregrinos de clase inferior cometieron graves desafueros, como lo habian hecho antes en el valle del Morawa y junto á Constantinopla, al paso que los príncipes y caballeros, como se ve, pusieron poquísimo cuidado en que el ejército marchase unido, compacto y en buen orden.

Los seldyucidas, por el contrario, se dedicaron con habilidad y celo á la defensa de su territorio, devastando de antemano las comarcas por donde debían pasar los cristianos, y agrupándose unánimes, como nunca lo habian hecho desde el año 1097, desde dilatadas regiones, para entablar una lucha decisiva. Con Ibn Danischmend y Kilidsch Arslan se reunieron principalmente los emires Ridhwan de Alepo y Karadscha de Harran en Mesopotamia. Las considerables fuerzas que estos príncipes habian levantado, se encontraron con los cruzados hacia la segunda quincena de julio y no lejos de la orilla Este del Halis. Trabóse una encarnizada lucha, y los cristianos, aunque extenuados por el hambre, se defendieron con valor, y rechazaron felizmente el ataque. Al día siguiente el mariscal Conrado avanzó un trecho mas con sus caballeros alemanes y tomó una plaza fuerte llena de víveres, pero sufrió graves pérdidas al retirarse á donde estaban sus compañeros. Al otro día dieron los seldyucidas un segundo ataque, y lucharon en vano durante muchas horas por alcanzar

(1) Wilken en su Historia de las Cruzadas, II, 119 y siguientes, censura á los cruzados por la expedición á Siwas, porque debía tropezar con dificultades insuperables. Sin embargo, los gravísimos inconvenientes que estos peregrinos tuvieron que vencer, no parece que se fundaban en las condiciones de las comarcas que atravesaron, ni tampoco en la energética resistencia de los emires seldyucidas, sino mas bien en sus propias cualidades de altivez y falta de disciplina.

servir de guías, y á la vez velar por los intereses de su señor en aquellas ciudades y territorios que pudieran ser libertados del enemigo. En esta ocasion se mostró también Alejo muy atento en su trato personal con los príncipes del ejército cruzado: no dice la tradicion si les exigió el juramento feudal, aunque es muy verosímil que así fuese, teniendo en cuenta su conducta con los antecesores.

A principios de junio emprendieron la marcha los peregrinos, y desde la costa, en que habian tenido su campamento hasta entonces, caminaron durante dos semanas sin combates ni dificultades, siguiendo casi con exactitud la dirección Este hasta Ancira. Esta importante ciudad fué tomada por ellos y entregada al emperador Alejo. Luego se dirigieron hacia el Nordeste, llegaron á Gangra, pero no se atrevieron á atacar la población, porque les pareció demasiado fuerte; continuaron en la dirección emprendida por la orilla izquierda del Halis, atravesaron este rio por las cercanías de Osmands-

la victoria; pero los peregrinos se debilitaban gradualmente, y no fueron solo la falta de alimento y el calor del combate lo que paralizó sus brazos, sino quizá en gran parte, el espanto por la pérdida de todas sus esperanzas de triunfo, y el terror, que se apoderó de ellos, ante la avasalladora fuerza de los enemigos, á quienes tan neciamente habian despreciado antes. Sucedió en esta ocasion, lo que siempre acontece en tales casos: los mismos que poco antes se habian creído fuertes para atacar á Bagdad, pensaron angustiados tan solo en la salvación de su propia vida. Una division tras otra fueron retirándose, huyendo de la batalla, y pronto cundió entre ellos un pánico general. Cada uno arrojaba de sí lo que le estorbaba en la huida, vestidos, dinero, instrumentos y reliquias. Los príncipes y caballeros se dirigieron á uña de caballo á la costa, para buscar refugio dentro de alguna defensa, en que dominase aun el emperador Alejo. Las tropas de á pié que quedaron detrás, los monjes y las mujeres, todos fueron muertos ó cogidos prisioneros por los vencedores que se abalanzaban como un torrente.

La derrota fué tremenda y decisiva para todo el ejército. Solo algunos restos llegaron á la costa, en su mayoría á Sinope; y solo unos pocos de estos que se salvaron, llegaron felizmente á Constantinopla, entre los cuales se contaron Estéban de Borgoña, Estéban de Blois, Raimundo de Tolosa, el mariscal Conrado y el arzobispo Anselmo de Milan: este último falleció sin embargo el 31 de octubre de 1101 en Constantinopla, no mucho despues de esta terrible catástrofe. Sus compañeros permanecieron allí hasta el próximo año nuevo, amistosamente tratados por el emperador; pero la excitación de los ánimos entre latinos y griegos tomó nuevo incremento con la derrota de aquel gran ejército de

cruzados, pues hicieron responsables de ella, ora á los guías griegos, ora también al amigo del emperador, al conde Raimundo.

No mucho despues que los lombardos y sus compañeros habian emprendido su desgraciada expedición á Siwas, á principios de junio, llegaron también á Constantinopla Guillermo de Nevers, Hugo de Vermandois, Welfo de Baviera, Ida de Austria, Thiemo de Salzburgo y Guillermo de Aquitania. Allí se reunió un segundo y considerable ejército compuesto de unos 100,000 hombres (1). El emperador salió á recibir á los príncipes, les saludó con palabras cariñosas y les hizo espléndidos regalos; pero les exigió y obtuvo el juramento feudal, que hizo prestar á los cruzados del año 1097. Entre los demás peregrinos iba fermentando cada vez con mas fuerza el odio á Alejo. «El orgulloso emperador, decían, se gloria de su desden é impertinencia: es para él lo mismo que los francos y seldyucidas luchen entre sí, que si los perros se mordiesen unos á otros». También pretendían tener noticias de negociaciones secretas, para vender los cruzados á los infieles, ó en otro caso destruirlos de cualquier modo. Así penetró entre ellos tal pánico, que hasta llegaron á temer el pasar por el Asia Menor, y se refugiaron en los barcos, para ir por mar á Tierra Santa. Muchos de ellos temieron aun allí la perfidia bizantina; abandonaron precipitadamente los barcos, y regresaron á su patria llenos de angustia. El resto se puso por fin en camino por el Asia Menor, siguió hasta Ancira las huellas de los lombardos, y allí supo segun parece, su derrota, con cuya noticia todos profundamente aterrizados, torcieron en dirección al Mediodía. En Filomelium encontraron el camino seguido por los cruzados del 1097, y entraron en él, pasando por Iconio hasta llegar Heraclea (Eregli). Mas durante esta marcha fué seguido incesantemente el ejército por las tropas seldyucidas, sufrió hambre y sed, tuvo que sostener continuos combates y perdió toda la fe en el éxito feliz de la cruzada. Cuando en la segunda quincena de agosto, junto á Heraclea, le cerró el paso una poderosa fuerza enemiga, mandada por los mismos emires que habian derrotado á los lombardos, no se atrevió ya á pelear, sino que se dispersó lleno de espanto con el mayor desorden. La impedimenta y los caballeros fueron muertos ó hechos prisioneros; el arzobispo Thiemo y la margravina Ida fueron pasados á cuchillo. Es no mas que una leyenda novelesca aquello de que la última se casó en el cautiverio con un emir seldyucida y que fué madre del que posteriormente llegó á ser el mas terrible enemigo de los cristianos, Imad-Eddin Zenki. Hugo de Vermandois llegó á Cilicia, pero allí murió. Los dos Guillemos, el de Nevers y el de Aquitania, y Welfo de Baviera se salvaron con unos pocos que los acompañaban, y algunos, con el mas pobre equipo, se dirigieron á Cilicia y de allí á Antioquia, donde fueron recibidos fraternalmente y cuidados con esmero por Tancredo.

De este modo se completó aquella inmensa desgracia. La cristiandad romana habia hecho en esta ocasion esfuerzos casi gigantescos, como en el año 1097, para ensanchar sus dominios: el resultado, ansiosamente y con demasiada confianza apetecido, fracasó por completo. El ardiente entusiasmo por la lucha contra los mahometanos, que cuatro años antes habia mostrado su fuerza victoriosa en terribles encuentros, logró esta vez revelar de una manera desconsoladora las

(1) Antes, fué creencia generalmente aceptada, que no eran solo dos ejércitos cruzados, sino tres los que habian emprendido la marcha al través del Asia Menor en el verano de 1101, pues que entre el 1.º y 3.º ejército hizo su viaje por separado Guillermo de Nevers; pero los pretendidos segundo y tercer ejércitos parece que no formaron mas que uno. Véase Hagenmeyer, Ekkeardi, Hierosolymita pág. 240.

debilidades lamentables que le eran inherentes. Los centenares de miles de hombres que en la primavera de 1101 estaban en el Bósforo dispuestos á la lucha, sin duda hubieran sido bastante fuertes, bajo una dirección inteligente, para libertar á Boemundo, para ensanchar los dominios de los normandos en Antioquia, dándoles límites seguros y fijos, y suministrar también suficientes auxilios en hábiles guerreros á Jerusalen, que tan necesitada estaba. A la sazón no se habia hecho nada de todo esto, sino que la espantosa derrota debia influir del modo mas pernicioso en la disposición de los ánimos en el Occidente. No habia ya que esperar, en mucho tiempo, que la cristiandad se levantase por tercera vez en tales masas para fundar ó sostener colonias francas en el apartado Oriente.

Las locuras que acarrearón la pérdida de los cruzados del año 1101, tuvieron tal vez su contraste en la inacción é indiferencia de los cristianos de Siria. Aquí en efecto volvemos la vista involuntariamente á Antioquia y Edesa, preguntando por qué los príncipes de estas ciudades no salieron á auxiliar á mano armada á sus correligionarios. Tancredo y Balduino contaban ciertamente con pocas fuerzas comparadas con las masas de aquellos cruzados; pero si los emires de Siria y Mesopotamia pudieran ir hasta el Norte del Asia Menor para atacarlos ¿por qué no habia de dar Tancredo algunos pasos, para facilitar á sus correligionarios el logro de su fin (2)? Pero Tancredo, lo mismo en su vigor que en sus debilidades, no era mas que un caballero cruzado, valeroso, ocupado siempre en lo que tenia á la vista, pero incapaz de concebir bien combinados planes y de llevarlos á ejecución con acierto.

EL PRÍNCIPE BOEMUNDO Y EL EMPERADOR ALEJO DESDE 1102

Guillermo de Nevers, Guillermo de Aquitania y Welfo de Baviera se salvaron de su derrota del Asia Menor marchando á Antioquia, como ya queda dicho. Al mismo punto llegaron también de Constantinopla, á principios del año 1102, Estéban de Blois, Estéban de Borgoña, el mariscal Conrado, varios obispos y el conde Raimundo de Tolosa, el antiguo rival de los normandos. Tancredo mandó apresar á este último, pero pronto le devolvió la libertad á ruegos de los demás peregrinos, despues de haberle hecho jurar que no intentaria apoderarse de ningun pueblo situado entre Antioquia y Akkon. Pero en vano intentó impedir por este medio el establecimiento definitivo de los provenzales en las costas de Siria; pues, cuando poco despues, todos aquellos duques, condes y obispos salieron de Antioquia hacia el Sur, y durante la marcha tomaron á Tortosa, auxiliados por una pequeña escuadra genovesa que acababa de llegar, Raimundo, quebrantando el juramento, se hizo dueño de esta ciudad. Tancredo no podia arrojarle de ella, porque, como sabemos, deseaba ante todo conquistar á Laodicea, que estaba entonces en poder de los griegos, y sus fuerzas eran tan necesarias para la operación, que por el contrario Raimundo pudo atreverse á intentar, aunque infructuosamente, hacerle levantar sitio. La lucha para tomar á Laodicea duró diez y ocho meses, hasta el año 1103. Por fin penetraron los normandos en la ciudad conquistada, pero no habia ya que pensar en vencer en poco tiempo á los provenzales, pues en este intermedio

(2) De los hechos de Tancredo en el año 1101 solo sabemos que se encargó del gobierno de Antioquia en marzo ó abril, que poco despues arrojó á los griegos de Cilicia, y lo mas pronto, á fines del año, emprendió el sitio de Laodicea. No nos consta, ni es probable, que luego se propusiera ayudar directamente á sus hermanos, los peregrinos cristianos, ó indirectamente, atacando al efecto los territorios de los emires de Alepo y Siwa.

Raimundo, había avanzado por una parte, hacía la costa al Sur de Tortosa, y por otra luchaba felizmente en el interior de Siria con los emires de Himss y de Damasco, y sobre todo había empezado á perseguir formalmente el antiguo objetivo de su ambición, la grande y rica Trípoli. Agréguese á esto que el emperador Alejo se preparaba activamente para una nueva guerra contra los normandos, y por lo mismo auxiliaba con fuerzas las empresas de los provenzales. Cuando Raimundo quiso establecer una fortaleza en una eminencia próxima á la ciudad de Trípoli, que posteriormente se llamó la Montaña de los peregrinos, ordenó el emperador inmediatamente que se proporcionasen al conde material y operarios.

Tancredo, enteramente absorto en sus rivalidades con los griegos y provenzales, descuidó casi por completo la lucha con los seldyucidas, y por esto la última esperanza de los normandos, de rechazar la dominación del islamismo al interior del Asia de un modo definitivo, se fundaba exclusivamente en Boemundo, á la sazón prisionero. El emir de Sivas había resistido hasta entonces las instancias del emperador Alejo, que con súplicas y promesas había tratado de obtener la entrega de su gran enemigo en Constantinopla, y había indicado á los normandos que él dejaría libre á su príncipe si le daban por su rescate 100,000 piezas de oro. Tancredo no sentía en verdad inclinación alguna á hacer algo por la libertad de su tío, cuyo regreso equivalía para él á la pérdida de la soberanía; pero al efecto el príncipe armenio Gogh Wasil, el mas poderoso de los pequeños soberanos del Tauro, envió por fin con gran desprendimiento aquella suma á Ibn Danischmend, y de este modo Boemundo regresó libre á Antioquia en el verano de 1103.

Su llegada dió nuevo impulso á la vida y aspiraciones de los cristianos del norte de Siria. Boemundo tomó de nuevo el mando, y por cierto sin ponerse mal por esto con Tancredo, consolidó la antigua amistad entre normandos y armenios mas estrechamente que lo había estado hasta entonces, y sin cuidarse en manera alguna de griegos ni provenzales, emprendió una campaña provechosa contra Ridhwan de Alepo. Al mismo tiempo se alzaron los edesanos por todas partes y emprendieron operaciones atrevidas. Iba al frente de ellos además de Balduino II, Joscelin de Courtenay, señor de Tell-Baschir, el cual había llegado á Siria con los peregrinos del año 1101, y había recibido de Balduino en feudo los castillos y tierras de Edesa situados al Oeste del Eufrates. Era hombre caballeresco y bravo militar, é hizo temible desde el Tauro al Eufrates el nombre de los francos de Tell-Baschir, donde él residía la mayor parte del tiempo, mientras Balduino saqueaba despiadadamente los dominios de Mesopotamia situados al Este y Sur de Edesa. A principios del año 1104, se desarrolló por completo el plan de atacar, con todas las fuerzas reunidas, la importante ciudad de Harran.

La conquista de esta ciudad hubiera tenido consecuencias trascendentísimas; pues Harran, sitio en que Craso fué derrotado en otro tiempo por los partos, dominaba las mejores comunicaciones entre la Siria del Norte y la Mesopotamia meridional. Ridhwan de Alepo y todos los seldyucidas sirios, tan pronto como los cruzados se establecieran en dichos puntos, quedaban casi separados de sus correligionarios del interior del Asia, y en tal aislamiento difícilmente hubieran podido resistir por mucho tiempo las armas de los cristianos sus enemigos. Boemundo y Tancredo en vista de esto, se apresuraron á concurrir á esta campaña nada menos que con 10,000 hombres. Balduino, Joscelin y los armenios llegaron también con fuerzas considerables. Satisfechos todos con la seguridad de la victoria se dirigieron á Harran.

Los enemigos se hallaban en mala situación. Harran aislada no podía resistirse mucho tiempo, y los mas principales emires de Mosul estaban en discordia unos con otros; pero se reconciliaron á última hora, y acudieron presurosos á hacer levantar el sitio, aunque solo llevaban 10,000 jinetes. Los cristianos les salieron al encuentro desde Harran, adelantándose en dirección al Sur hasta el rio Balik. Los seldyucidas al ser acometidos por los caballeros cristianos se dieron enseguida á la huida y no dieron la cara hasta que creyeron á los enemigos cansados por la persecución. Los edesanos se adelantaron á la carrera á sus compañeros con temerario valor, para sostener solos la lucha con un enemigo á quien despreciaban, y fueron completamente sorprendidos por el repentino ataque de los turcos. En un momento fueron destrozados, cayeron prisioneros los condes Balduino y Joscelin, y el resto retrocedió en desordenada fuga hasta encontrar el grueso del ejército. Boemundo y Tancredo, que se habían mantenido apartados ex-profeso, para poder dar el golpe decisivo á su debido tiempo, reanudaron la lucha y conservaron el campo de batalla hasta la tarde; pero el vigor de las tropas estaba profundamente quebrantado; los desertores se separaban en tropel, y por esto resolvieron los príncipes emprender la retirada á favor de la noche. Mas apenas había comenzado la marcha, cuando los jinetes enemigos, doblemente temibles en la persecución, cayeron sobre los cristianos por todas partes. Además salió la guarnición de Harran y cortó los caminos que conducían á la patria, á Edesa. La retirada se convirtió en precipitada huida, y los príncipes normandos llegaron á Edesa con un pequeño acompañamiento. Las pérdidas de los cristianos se calcularon en 12,000 hombres, y según otro relato, aunque no fidedigno, se elevaron á cerca de 40,000. Una batalla de esta especie, apenas se libró nunca por las tropas del pequeño reino de Jerusalem en toda la época de su existencia.

La jornada de Harran fué decisiva bajo todos conceptos. Si los normandos hubiesen vuelto de Mesopotamia como vencedores, y por consiguiente como dueños del país, ni los pequeños emiratos del Norte de Siria, ni los griegos y provenzales hubieran podido oponerles ya larga resistencia, y la fundación de un Estado grande, apoyado seguramente sobre fuerza propia, é independiente por todos lados, hubiera sido aun posible para Boemundo. Pero vencidos los normandos, sus enemigos y rivales se levantaron en rededor suyo del modo mas amenazador. Los ejércitos de Mosul y de Hinskeifa sitiaron á Edesa, y Ridhwan de Alepo sometió una parte del territorio antioqueno; los griegos tomaron á su vez las capitales de Cilicia, Tarso, Adana y Mopsuestia, forzaron el paso que daba entrada al puerto de Laodicea y ocuparon la ciudad, siendo la ciudadela la única que se sostuvo. Los proyectos del conde Raimundo tomaron por fin un vuelo tanto mas elevado, cuanto que en poco tiempo, y siempre con la ayuda de la tripulación genovesa, tomó por asalto el pequeño Gibellum (Gibelet), al Sur de Trípoli.

Entonces quedó demostrada una vez mas la capacidad militar de Boemundo y de Tancredo, los cuales sostuvieron á Edesa, aseguraron la ciudadela de Laodicea, y, en una palabra, contuvieron la muchedumbre de los enemigos y pusieron en buen estado de conservación para lo sucesivo, tanto los puntos capitales de su principado, como los del condado de Edesa-Tell-Baschir. Pero esto era todo lo mas que podía lograrse. Mayores empresas, avances victoriosos, fundación de un Estado poderoso, nada de esto era ya posible con las fuerzas que se habían salvado de la derrota. Solo había un medio para reparar todas las pérdidas, á saber: un rápido y fuerte auxilio procedente de la patria, una nueva cruzada, pero dirigida enteramente en sentido normando.

Boemundo comprendiendo esta necesidad, puso en seguida manos á la obra. Dijo á su sobrino que él iba á volver al Occidente para proporcionarse auxilios, porque no se podría llevar ya adelante la resistencia con sus propias fuerzas contra todos los enemigos que les rodeaban. En vano se ofreció Tancredo con las mas apasionadas protestas á tomar á su cargo la ejecución de este plan, para que los normandos no fuesen abandonados en el mayor peligro por su jefe superior. Boemundo permaneció firme. La gran causa exigía la presencia de su mayor representante; nadie respetaría á uno insignificante. Entregó al sobrino el gobierno de la Siria del Norte, reunió todo el dinero y alhajas orientales que pudo, y se embarcó en una pequeña escuadra que hacía rumbo al Occidente el mismo año 1104 (1). Los griegos no se atrevieron á molestar en su viaje á su terrible enemigo.

El príncipe desembarcó con toda felicidad en Italia é hizo anunciar por todas partes su proyecto de formar un nuevo ejército expedicionario. La fama de sus hechos, de sus riquezas, y de sus incitadoras promesas le precedía por doquier, y le preparaba un alegre recibimiento en todos los pueblos. Caballeros y plebeyos corrían en tropel á su alrededor y se alistaban al servicio suyo, y el papa Pascual II aprobó su plan pública y solemnemente. Luego salió para Francia, y unió su causa con los intereses de los troncos legítimos del Occidente, casándose con Constanza, hija del rey Felipe, y logró una segunda princesa para novia de Tancredo. También allí miró por su ejército. En todas ocasiones, en todas las reuniones, en iglesias y palacios se presentaba como su propio reclutador, levantaba su grito entusiasta de guerra, pintaba la gloria de los combates, el honor de la victoria, la magnificencia del botín, y repartía con orgullosa satisfacción el salario de su servicio, y la enseña de la Cruz á los caballeros que le rodeaban en tropel.

Cuando regresó á Italia, fijó su residencia en Apulia, y allí aguardó á los guerreros que de todas partes se reunían en masa. En el otoño de 1107 se encontró en disposición de marchar á la cabeza de un nuevo ejército compuesto por lo menos de 34,000 hombres, entre caballeros é infantes, y una poderosa escuadra.

Pero este poderoso ejército no debía servir en manera alguna para llevar socorros inmediatos al principado de Antioquia; pues Boemundo que había abandonado la Siria con el prudente propósito de reclutar brazos fuertes para la guerra del Orontes y del Éufrates, y que tan cuerdatamente había obrado hasta entonces, substituyó su primer plan por otro sumamente aventurado. Si fué el odio á los griegos alimentado en él por las luchas de la última época, si fué la seductora imagen de la corona imperial de Constantinopla, por la cual quizá suspiraba ya en los años de su juventud, ó si le cegaba el júbilo anunciador de la victoria que le siguió por doquier en el Occidente, si fué una sola de estas causas ó fueron todas juntas las que le sugirieron el nuevo plan, no lo sabemos: lo cierto es que excitó á la nobleza de Italia y Francia á emprender la cruzada, pero una cruzada, cuyo fin principal era *vencer á los cismáticos griegos*. Si hubiera llevado su poderoso ejército á Antioquia en 1107, apenas puede dudarse que hubiese conseguido el fin de sus anteriores aspiraciones, esto es, establecer sobre sólidos fundamentos su Estado normando-sirio como la piedra angular de la cristiandad en Oriente. Por el contrario, la guerra con los griegos apenas dejaba perspectiva alguna de un buen resultado en la situación en que se hallaban las cosas en el imperio.

(1) No merece crédito la conocida anécdota de Ana Comnena, de que Boemundo se hizo conducir al Occidente fingiéndose muerto, para escapar de las asechanzas de los griegos.

En efecto, la fuerza defensiva del Estado bizantino se había aumentado de un modo considerable en aquellos diez y ocho años del siglo XI, en los cuales Roberto Guiscardo y el joven Boemundo le atacaron en vano. El emperador Alejo había allegado importantísimos elementos militares por mar y tierra, los cuales pudo reunir, colocar y preparar con entera tranquilidad, mientras Boemundo hacía los reclutamientos en Italia y Francia. También tenía la experiencia de la guerra normanda, experiencia que le había faltado en la lucha con Roberto Guiscardo, y así podía mirar de frente con ánimo tranquilo la tormenta que le amenazaba. En octubre de 1107 se embarcó Boemundo con todo su ejército en Brindis, ocupando 250 barcos de guerra y trasporte. Al principio le favoreció la suerte de tal modo, que pudo llevar á cabo el viaje marítimo sin ser molestado, desembarcar en la costa enemiga en Aulona y avanzar desde este punto hacía Dirraquio en dirección al Norte. Pero despues se cambió la fortuna. La gran fortaleza marítima de Dirraquio, de la cual deseaba hacer Boemundo su primer punto de apoyo en territorio extranjero, estaba perfectamente fortificada, provista de abundantes víveres y defendida por hombres valientes. Mientras que los normandos emprendían el laborioso sitio, bajaron grandes divisiones del ejército bizantino desde Macedonia á la Albania, y sin colocarse nunca en campo de batalla abierto al impetu del enemigo, le encerraron primero en un círculo extenso, que luego fueron estrechando mas y mas. En el año nuevo de 1108 el mismo Boemundo deshizo su escuadra, para sacar de ella madera con que construir máquinas de sitio. El ariete daba ruidosos golpes; una alta torre se elevaba por encima de las fortificaciones de la ciudad, cuyos muros fueron socavados; pero los sitiados se defendieron con igual y aun mayor arte, merced al fuego griego. Además, la escuadra bizantina dominaba á la sazón el mar sin que nadie la molestase, y cortó la llegada de socorros de la madre patria, de modo que poco á poco se dejó sentir grande necesidad en el campamento normando. Además el emperador logró sembrar la desconfianza entre Boemundo y algunos de sus principales compañeros, valiéndose para ello de infames calumnias. Todo el ejército franco había llegado ya al colmo del descontento y de las quejas, y ya se pasaban al enemigo algunos jefes. Boemundo estuvo constante en su puesto, todo el tiempo que pudo abrigar algun rayo de esperanza; pero se vió precisado á reconocer que estaba completamente derrotado, y que no le quedaba mas recurso que someterse á merced del vencedor. En setiembre de 1108 se trasladó á Deapolis (Debol), cuartel general del emperador, y concertó una paz profundamente humillante, renunciando á toda pretension sobre Cilicia, Laodicea y las posesiones provenzales. En cambio recibió en feudo para mientras viviese á Antioquia y su territorio; pero con la condicion de que despues de su muerte volverían á la corona griega; y si Tancredo no se conformaba definitivamente con estas condiciones, él mismo Boemundo se comprometía á obligarle á ello por las armas.

Despues de firmada la paz se disolvió paulatinamente el ejército normando, regresando una parte de él á la patria, y continuando otra parte su marcha á Siria, mientras que otra pasó al servicio bizantino. Boemundo se trasladó á la Apulia en el otoño de 1108, pero con ánimo inflexible, como que proyectaba prepararse allí para nuevas empresas. Pero no logró nada, y sin haber realizado hecho alguno memorable, murió en su país natal en marzo del año 1111.

Con él desapareció de la escena el hombre que imprimió su carácter á la época de la primera cruzada; pues Boemundo reconoció con excelente juicio desde un principio, que ni en el Asia Menor ni en Palestina, sino en el Norte de Siria era donde se encontraba el terreno mas á propósito para